

Los buenos deseos

Paseaba sin rumbo por la hermosa ciudad de Trujillo. Las piedras húmedas, cubiertas de musgos, me hablaban de tiempos ya pasados, de caballeros y damas, de monjas y alcahuetas, de versos antiguos y de heroicos conquistadores. Vagaba esperando la llegada del fin de año. La niebla envolvía los monumentos en papeles irreales. Entre las luces y sombras del atardecer, compuse un haiku para felicitar a los amigos.

Bajo la luna

La felicidad nueva

Espera sola.

Alguien me respondió que no estaría solo, que la felicidad era estar con alguien. En aquel momento pensé en lo manidas que resultan ciertas convenciones. En el reiterado uso de las palabras paz y felicidad durante las fechas navideñas hay una cierta inercia que las convierte en meras frases sin sentido, sin la fuerza que ambas poseen. Así, el significado desaparece. Tenemos que pensar que si usamos demasiado una palabra, ésta pierde sentido. Se desgasta como la ropa usada. Ya no sirven para embellecer las ocasiones especiales.

La felicidad la considero algo interior, una sensación de bienestar del espíritu que nada tiene que ver con lo externo al ser humano, ni con estar solo o acompañado. La felicidad es un estado íntimo. Es una búsqueda en nosotros mismos. Así que envuelto en el frío antiguo de Trujillo deduje que el mayor deseo de la navidad era el de incitar al viaje interior, a la meditación. Es quizá, el momento del pensamiento, no el de la confusión entre el consumo y el bullicio.

Vivimos en una época en la que sobran los decibelios y el estrépito; en la que faltan personas que reflexionen y que iluminen el pensamiento social y que acaben con el deslumbramiento fácil ante la vulgaridad reinante. Asistimos a la decadencia de un sistema social y político. Los imperios se desangran, languidecen en un suspiro lento. Pero no seamos pesimistas, queda la historia, la que aún tenemos que construir. Pues la humanidad siempre ha resurgido de las cenizas de antiguas civilizaciones.

Y para reconstruir es siempre necesario viajar, conocer, investigar. Ese es el viaje que deseo en el inicio de un año más. El de la introspección, el de mirar hacia nuestro interior y no dejar que las falsas luces nos deslumbren. Buscar la claridad como los marinos vislumbran los faros que, entre la espesa niebla, los conducen a puertos seguros.

Viajemos, pues, sin necesidad de movernos. Vayamos sentados sobre las palabras a buscar los significados primigenios. No adulteremos el lenguaje, es el mayor tesoro que poseemos. Tras cada palabra hay un pensamiento, un concepto que nos ayudará a conocernos mejor y reconocer el mundo en el que vivimos.

Cuando deseamos paz o felicidad ¿qué estamos pidiendo? ¿Acaso pensamos en la responsabilidad que todos tenemos en el mundo, en la construcción de un lugar en el que vivir?

Paz es una hermosa palabra. Detrás de ella hay personas, sufrimiento, poder o la corrupción que emponzoña todo cuanto roza. Y cuando escuchemos nuestra voz pidiendo la paz y la felicidad, debemos pensar en lo que dicen de verdad esas palabras. Son la verdadera lucha por la existencia que ha planteado el ser humano durante toda la existencia.

Los hombres y mujeres debemos gritar muy alto cada vez que deseemos la paz y la felicidad.

Pues estas palabras han sido secuestradas en muchas ocasiones. No puedo hablar de estos conceptos sin citar algún fragmento del *Romance de la paz condenada* de Pedro Lezcano. Las palabras sangran a veces; otras se avergüenzan de las bocas que las pronuncian.

Si digo rosa, la rosa
se pone tan colorada
que hasta la rosa se olvida
de que hay también rosas blancas.

Cambiamos los conceptos a nuestro antojo. Trivializamos las palabras como si fueran un objeto más de grandes almacenes o un adorno para decorar la brillante navidad.

Tiñeron la paz de rojo,
vistieron la paz de máscara.
Dije y digo: quiero paz
a la puerta de mi casa.
La paz no tiene color,
ni bandera ni morada.
La paz no tiene vergüenza
de desnudarse en la plaza.
La paz es madre de todos,
pero de ninguno ahijada.

Yo pido paz para todos, esa paz que se busca en el interior para poder desearla hacia afuera. Esa seguridad de buscar otro mundo, otro camino para volver a escribir la historia. Pero vistieron de rojo la paz que yo aconsejaba. Y alguna razón tuvieron para mirarla encarnada. ¡La paz será siempre roja mientras sangre como sangra!

Así mi deseo para el año que empieza es ese viaje, esa aventura hacia nuestro más profundo arcano. Y en las calles frías, cortando la blancuzca niebla me reencontré con antiguos caballeros, con damiselas enfundadas en guardainfantes y pedrerías, con monjas de oscuras tocas, con soldadesca bulliciosa y poetas bohemios que me sonreían y me contaban las cosas del pasado que no hemos aprendido. Entre la niebla sonaron unas palabras: somos una constante repetición del mismo error.

No vi a nadie.